

Una inversión segura

Miguel Pérez de la Mora

El mundo en el que vivimos requiere de soluciones cada vez más sofisticadas e ingeniosas para contender con los problemas que enfrenta. Es claro que ya no podemos vivir sin informática; que para preservar nuestra salud requerimos conocer mejor nuestro funcionamiento; que los problemas de alimentación reclaman conocimientos que nos permitan generar mejores granos y una abundante provisión de carne sana; que para nuestro bienestar requerimos nuevos materiales; pero también requerimos de planteamientos que nos ayuden a mitigar la pobreza, a disminuir la violencia y a incrementar nuestra seguridad y la de nuestros familiares. La lista completa de los problemas que enfrentamos, todos la sabemos, es enorme; los aquí señalados constituyen tan sólo una pequeña muestra.

Aunque también es claro que para resolver los problemas se requiere de recursos financieros provenientes de una economía sana, la canalización de éstos debe hacerse vía un apoyo decidido a la actividad científica y a la educación superior que le da sustento.

La mejor inversión que un país puede hacer en estos momentos es entonces apoyar a la ciencia, pues es científica y no empírica ni mágica la resolución de los problemas que nos aquejan. Dicho apoyo no debe verse como un mero adorno nacional, del que se habla con frivolidad en las reuniones políticas y que se re-

pite con insistencia en los discursos, sino como un esfuerzo serio, destinado a resolver o al menos mitigar nuestros problemas. Constituye una ceguera de parte de los encargados de financiar a la ciencia pretender que sean los científicos de los países ricos, con la buena voluntad de sus gobernantes, los que les den o alquilen las soluciones que sus problemas reclaman. Mientras más subdesarrollado es un país, más apoyo requiere su ciencia, pues se necesita un mayor esfuerzo científico para superar sus rezagos y estar en condiciones de desarrollar sus propias ideas científicas o aun adaptar ideas o patentes alquiladas a su realidad nacional.

En México, el papel de la ciencia en el desarrollo no parece haberse comprendido plenamente, como lo prueban las numerosas agresiones que la ciencia ha sufrido en los últimos años y que han culminado, por el momento, con una incongruente falta de apoyo para los recursos que el ejecutivo ha asignado a la actividad científica del país en su presupuesto anual. Hacemos votos para que nuestros legisladores vigilen y, en su caso, reviertan este tipo de situaciones que atentan y ponen en peligro el vigoroso pero aún incipiente desarrollo científico del país, y sobre todo para que el aprecio oficial por el quehacer científico y su importancia como factor de desarrollo queden verdaderamente plasmados en los futuros presupuestos que el ejecutivo envíe para su aprobación al H. Congreso de la Unión.